
Laura Bellini
Mientras sigas oliendo a lluvia
Recuerdan cada herida.
Y cada razón para quedarse

Mientras sigas oliendo a lluvia

Recuerdan cada herida. Y cada razón para quedarse

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384901014

ALL-IN Rafał Płonkowski

ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Las condiciones del regreso 12
Capítulo 2 - Los límites de la confianza 24
Capítulo 3 - El camino que no aparecía en el mapa 37
Capítulo 4 - Todo lo que no nos dijimos 48
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 63
Capítulo 6 - El olor de la lluvia 75
Capítulo 7 - Lo que queda entre las palabras 87
Capítulo 8 - El lugar al que regresas 97
Capítulo 9 - El precio de una decisión compartida 107
Capítulo 10 - Sin camino de regreso 118
Capítulo 11 - Entre nosotros y el mundo 129
Capítulo 12 - Las palabras que no pueden retirarse 139
Capítulo 13 - Lo que no se puede comprar 150
Capítulo 14 - La verdad que todavía no sabemos soportar 160
Capítulo 15 - Todo lo que no tenía derecho a contar 171
Capítulo 16 - La distancia que importa 182
Capítulo 17 - Lo que permanece cuando nos marchamos 191
Capítulo 18 - Sin promesa de perdón 200
Capítulo 19 - El derecho a la propia historia 209
Capítulo 20 - Una razón para quedarse 220

INTRO

Empezó a llover justo cuando pensé que, por primera vez en mucho tiempo, todo estaba saliendo según lo previsto.

Me encontraba en una bifurcación de senderos, con el mapa desplegado sobre una rodilla y un vaso térmico en la otra mano. Frente a mí, entre oscuros abetos, un estrecho camino que conducía al refugio de montaña Pod Sokolą Skałą desaparecía en una niebla lechosa. Según mi planificación, debía llegar allí antes de las cinco de la tarde, hablar con la propietaria, examinar unas fotografías antiguas y regresar esa misma noche a la pensión donde me alojaba en Szklarska Poręba. Al día siguiente me esperaban otros dos lugares cuyas historias quería preservar antes de que alguien los convirtiera en modernos apartamentos con vistas a las montañas.

Tenía cuarenta y un años, dos libros de reportajes publicados y suficiente experiencia para saber que la realidad rara vez se preocupa por los horarios. Aun así, había preparado aquel itinerario con una precisión de la que mi amiga Natalia solía burlarse. Horas, nombres, rutas alternativas, incluso los lugares donde podía encontrar cobertura. Después de los últimos meses dedicados a corregir textos ajenos, necesitaba un proyecto que me perteneciera exclusivamente a mí. Sin ningún editor mirando por encima de mi hombro. Sin compromisos que terminaba aceptando por puro agotamiento.

Y, sobre todo, sin personas que pudieran decirme cómo debía contar sus historias.

Doblé el mapa, lo guardé en el bolsillo de la chaqueta y emprendí la subida.

Veinte minutos después ya sabía que el atajo señalado en mi mapa impreso había sido idea de alguien que jamás había recorrido aquella ruta en octubre. Las piedras mojadas se movían bajo mis botas y el arroyo que cruzaba el sendero llevaba mucha más agua de la que sugería el mapa. Me detuve junto a un pequeño puente de madera. Una de las tablas estaba agrietada a lo largo y otra se inclinaba peligrosamente sobre la corriente.

—Esto no estaba en mis planes —murmuré.

—El puente no suele consultar sus reparaciones con los turistas.

La voz llegó desde detrás de mí.

Me volví con más brusquedad de la que pretendía.

El hombre estaba a varios metros de distancia, con la capucha caída sobre la espalda y gotas de lluvia resbalándole por el cabello oscuro. Llevaba una chaqueta verde de senderismo, una mochila vieja y aquella manera tranquila de mantenerse en pie que recordaba demasiado bien. Con una mano sujetaba la correa de la mochila. La otra la tenía metida en el bolsillo.

Durante un instante vi al hombre de siete años atrás, de pie junto a la ventana de la cocina con una taza de café. Después distinguí las canas de las sienes y algunas arrugas nuevas. Parecía más maduro, más severo. No menos familiar.

—Marcin.

Pronuncié su nombre tan bajo que parecía estar comprobando si todavía era capaz de hacerlo.

—Ula.

No sonrió. Nunca le había gustado mi nombre completo, aunque después de nuestra separación había empezado a utilizarlo profesionalmente con una obstinación digna de una causa mejor. Urszula Lis sonaba como una mujer que tenía su vida bajo control. Ula me recordaba a alguien que tiempo atrás se dormía con la cabeza apoyada en el hombro de Marcin y creía que no todo tenía por qué llevar una fecha de caducidad.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Miró su mochila y después el sendero.

—Trabajo. ¿Y tú?

—También.

—¿Con una cámara, un cuaderno y cara de alguien que piensa ganarle la batalla al tiempo?

Apreté los dedos alrededor de la correa de mi bolso. Recordaba que nunca había sabido aceptar que mis propios planes salieran mal. También recordaba que, cuando estaba nerviosa, respondía a las preguntas con otras preguntas. Pero lo que más me irritaba era que hubieran bastado tres frases para que volviera a distinguir, en su voz, la diferencia entre la diversión y la malicia.

—No sabía que también guiabas a gente por esta parte de las montañas.

—Desde hace unos años. ¿Adónde vas?

Le dije el nombre del refugio.

Su mirada se detuvo en mi rostro.

—¿A ver a la señora Zofia?

—¿La conoces?

—Sí.

No añadió nada más. Marcin siempre había sabido guardar silencio de una manera que obligaba a los demás a seguir haciendo preguntas. Antes lo consideraba una muestra de paciencia. Más tarde empecé a comprender que, en ocasiones, también era una forma de defenderse.

—Tengo una entrevista concertada con ella —expliqué—. Estoy trabajando en un libro sobre los pequeños refugios de montaña de los Sudetes.

Algo cambió en su expresión. No era enfado, todavía no. Más bien la cautela de alguien que acababa de reconocer una señal de peligro.

—¿Sobre las historias de las personas o de los edificios?

—Es difícil separar unas de otras.

—Precisamente.

Aquella única palabra quedó suspendida entre nosotros con más peso que el murmullo del arroyo.

Siete años antes había publicado un reportaje que incluía varias frases pronunciadas por Marcin durante una noche de invierno. No habíamos hablado con la grabadora encendida. Estábamos en casa, solos, después de un día que ninguno de los dos quiso recordar más adelante. Yo me había convencido de que aquella cita era imprescindible porque decía algo importante sobre la responsabilidad. Marcin consideraba que había traicionado su confianza.

No había conseguido convencerlo de mi versión. Y después él había dejado de querer escucharla.

—No he venido hasta aquí por ti —dije.

Me arrepentí de aquellas palabras en cuanto salieron de mi boca.

—Ni siquiera se me había ocurrido.

Reconocí la mentira por un movimiento apenas perceptible de sus labios. Marcin también comprendió que la había reconocido. Durante un breve instante estuvimos peligrosamente cerca de nuestra antigua manera de hablar, aquella en la que cada cosa que quedaba sin decir tenía su propia historia.

Una rama crujió sobre nuestras cabezas. El viento trajo una lluvia más fría, así que guardé el cuaderno en el fondo del bolso. Marcin se acercó al puente, examinó las tablas dañadas y señaló un sendero que se desviaba hacia la izquierda, casi invisible bajo las hojas caídas.

—Por ahí hay un paso seguro. Son diez minutos más.

—No aparece en el mapa.

—En cambio, este puente sí aparece.

Tenía razón, lo que me daba otro motivo para no darle las gracias demasiado deprisa.

Empecé a caminar por el sendero que me había indicado. Después de unos pasos escuché sus botas detrás de mí.

—No hace falta que me acompañes —dije.

—No te estoy acompañando. Voy al mismo refugio.

Me detuve.

—¿Por qué?

—Zofia me pidió ayuda con un proyecto. Quiere organizar el archivo del refugio antes de entregárselo a quienes se harán cargo de él. Hay cosas que no se pueden sacar sin más, ponerlas sobre una mesa y fotografiarlas.

La lluvia le resbalaba por la mejilla. No se la secó. Vi que todavía llevaba alrededor del cuello el fino cordón de cuero que habíamos comprado durante nuestro primer viaje juntos.

Desapareció bajo el cuello de su chaqueta antes de que lograra apartar la mirada.

—No me comentó que estuviera trabajando con alguien —dije.

—A mí no me mencionó que hubiera una periodista.

Durante unos instantes escuchamos la lluvia. Después Marcin señaló el camino que se abría entre los abetos.

—Puedes regresar y elegir otro tema. O podemos llegar hasta donde está Zofia y decidir qué hacemos a partir de ahí.

No intentó detenerme ni convencerme de nada. Aquella libertad me dolió más de lo que debería. En otro tiempo había luchado por nosotros con una perseverancia que yo daba por sentada. Ahora estaba frente a mí, dispuesto a aceptar cualquier decisión que tomara.

—No voy a renunciar al libro —dije.

—No te lo he pedido.

Pasó a mi lado y echó a andar primero, dejando espacio suficiente para que pudiera caminar junto a él o quedarme atrás.

Lo alcancé después de una docena de pasos.

El bosque olía a madera mojada y a tierra húmeda. Marcin acortó el paso cuando el sendero se volvió empinado, pero no me ofreció la mano. Sabía que podía bajar sola por las piedras resbaladizas. Lo recordaba. Del mismo modo que yo recordaba el olor de la lluvia en su chaqueta cuando regresaba a nuestro apartamento después de una larga caminata y me abrazaba antes siquiera de quitarse la ropa mojada.

Delante de nosotros, el bosque empezó a clarear. A lo lejos distinguí el tejado del refugio y una fina columna de humo que ascendía desde la chimenea.

Marcin se detuvo al borde del claro.

—Ula, antes de entrar, tienes que saber una cosa.

Lo miré.

—No voy a permitir que se publique la historia de nadie sin su consentimiento informado. Aunque eso signifique que resulte menos impactante.

Podría haber respondido con un argumento profesional. Decirle que un reportaje no es un texto que sus protagonistas tengan que autorizar, que la verdad a veces resulta incómoda, que no todas las frases requieren permiso. Conocía perfectamente aquellos argumentos.

Pero Marcin no estaba hablando de los principios del periodismo.

—Lo entiendo —respondí.

Me observó durante un largo momento, como si tratara de averiguar si detrás de aquella palabra había algo más que simple cortesía.

—¿De verdad?

A su espalda empezaban a encenderse las primeras luces en las ventanas del refugio. Tenía ante mí el tema que llevaba meses esperando y al hombre al que no había conseguido olvidar en siete años.

Sin embargo, lo que más miedo me daba no era que volviera a rechazarme.

Tenía miedo de que esta vez tuviera que comprender de verdad por qué se había marchado.

—Todavía no lo sé —respondí—. Pero quiero entenderlo.

Marcin guardó silencio un instante. Después asintió y abrió la pequeña puerta de la valla que conducía al refugio.

Me quedé en el sendero un segundo más, con la lluvia sobre el rostro y una pregunta que no me atreví a pronunciar: si todavía recordábamos cada herida, ¿seríamos capaces de encontrar al menos una razón para quedarnos?

Capítulo 1 - Las condiciones del regreso

El refugio olía a madera de haya quemada, lana mojada y sopa de setas. Crucé el umbral detrás de Marcin, intentando sacudirme la lluvia de los hombros y, al mismo tiempo, no pensar en lo peligrosamente familiar que resultaba entrar con él en un lugar cálido. Antes, las noches parecidas terminaban alrededor de una misma mesa, con su mano apoyada sobre mi rodilla y conversaciones que se prolongaban hasta bien entrada la madrugada. Esta vez nos separaban unos cuantos pasos, siete años de silencio y una frase pronunciada en el sendero cuyo significado ninguno de los dos pensaba fingir que no comprendía.

Detrás del mostrador de madera había una mujer menuda, de cabello gris recogido con un pañuelo rojo. Levantó la cabeza de las cuentas que estaba revisando y sonrió al vernos.

— Bueno, por fin. Ya pensaba que la montaña había decidido quedarse con vosotros.

— El puente está dañado — dijo Marcin mientras se quitaba la mochila -. Hay que cerrar ese paso antes de que alguien intente cruzarlo de noche.

— Mañana pondré un aviso.

— Hoy. Tengo cinta de señalización en el coche, solo tengo que bajar a buscarla.

— Primero come algo. Siempre te empeñas en salvar a todo el mundo y después te acuerdas de que tienes estómago.

Tomé nota mentalmente de la manera en que se hablaban. Sin ceremonias, sin necesidad de explicar qué

relación los unía. Marcin conocía aquel refugio tan bien como antes conocía todas mis costumbres. No pregunté desde cuándo.

— ¿Señora Zofia? — intervine.

La mujer salió de detrás del mostrador, se secó las manos en el delantal y me examinó con evidente interés.

— Señora Urszula. Pensaba que sería más alta.

— Y yo pensaba que el refugio sería más pequeño.

Soltó una carcajada sincera.

— Entonces ya llevamos una decepción cada una. Venid, os enseñaré la habitación.

Me detuve al oír aquel «os».

— Perdone, creo que ha habido un malentendido. He venido a hacer una entrevista y revisar los materiales. Ya tengo alojamiento reservado en Szklarska Poręba.

— ¿Con este tiempo? — Zofia miró hacia las ventanas, al otro lado de las cuales empezaba a caer la noche -. Querida, aunque tenga que retenerla aquí por la fuerza...

— Zosia — intervino Marcin.

— Está bien, sin recurrir a la fuerza. Digamos que es una petición.

No pude evitar sonreír. Aquella mujer tenía una franqueza que, en otras circunstancias, podría haberme irritado, pero allí encajaba perfectamente con las mesas pesadas, los mapas antiguos y el perro que dormía junto a la chimenea. Zofia nos condujo a una pequeña estancia situada detrás del comedor. En el centro había una mesa cubierta de cajas de cartón, recipientes metálicos y fotografías enmarcadas.

Encima colgaba una panorámica en blanco y negro de las montañas, tomada varias décadas atrás.

— Esto no es más que el principio — anunció con orgullo -. El resto está en el desván. Mi marido guardaba todo lo que los demás querían tirar. Tarjetas, cartas, antiguos libros de registro de huéspedes. Marcin dice que una parte debería entregarse al archivo y que otra puede mostrarse al público.

Cogí una fotografía en la que aparecían varios excursionistas delante de un edificio de madera. Alguien había escrito una fecha y varios nombres en el reverso. La tinta se había desvanecido, pero la inscripción todavía podía leerse.

— Es un material extraordinario — dije -. Fotografías como estas permiten mostrar cómo ha cambiado la vida en estos lugares. Podría empezar por la historia de su familia y después pasar a los demás refugios.

— Precisamente de eso queríamos hablar — respondió Zofia.

La miré con mayor atención.

— ¿Queríamos?

Marcin apartó una silla, pero no se sentó.

— Zofia quiere preparar un archivo de historias sobre varios refugios pequeños. No solo un libro. Grabaciones, fotografías, recuerdos de antiguos trabajadores. Algo que permanezca aquí y siga siendo accesible incluso cuando cambien los propietarios.

— Es una idea estupenda — respondí -. Pero yo no me dedico a crear archivos. Escribo reportajes.

— Sé a qué te dedicas.

Su voz permaneció tranquila. Precisamente por eso sentí una punzada de irritación.

— Entonces también sabes que el material para un libro no se recopila siguiendo una lista de requisitos impuesta por otra persona.

— Y tú sabes que los recuerdos de la gente no existen únicamente para convertirse en material de trabajo.

Zofia nos miró primero a uno y después al otro.

— Niños, ¿qué tal un poco de té?

No la corregí. Marcin tenía cuarenta y cinco años y yo cuarenta y uno, pero durante unos instantes nos habíamos comportado realmente como dos adolescentes discutiendo por quién se sentaría primero junto a la ventana.

— Me encantaría — respondí.

Zofia salió y nos dejó solos.

Marcin se acercó a la mesa y movió una caja para hacer sitio a mi bolso. Aquel gesto tan sencillo me irritó más que su comentario anterior. Recordaba que no me gustaba dejar el equipo en el suelo. Recordaba los pequeños detalles, aunque aparentemente quisiera olvidar todo lo demás.

— ¿No sabías que iba a venir? — pregunté.

— No.

— ¿Zofia no te dijo mi apellido?

— Me contó que había encontrado a una periodista cuyo libro sobre antiguas pensiones le había gustado mucho. No pregunté cómo se llamaba.

— ¿Y deberías haberlo hecho?

Levantó la mirada.

— Ahora creo que sí.

No había nada ofensivo en aquella respuesta. Aun así, durante un instante sentí que perdía la seguridad en mí misma. En mi planificación todo era sencillo: entrevistas, documentación, unas semanas de trabajo y el libro que llevaba tanto tiempo queriendo escribir. La presencia de Marcin no cambiaba el valor del tema. Lo que cambiaba era el precio que quizá tendría que pagar para llevarlo a cabo.

— Ya tengo fechas acordadas en cuatro lugares — dije -. He reunido los primeros materiales, he firmado un contrato para preparar la publicación y no pienso empezar de cero.

— Nadie te lo está pidiendo.

— Acabo de escuchar que tengo que trabajar siguiendo unas normas que nadie ha acordado conmigo.

— Has escuchado que las personas deben poder decidir qué ocurre con sus recuerdos privados.

— Eso no es lo mismo que controlar el texto.

Marcin me observó en silencio durante unos instantes.

— Para ti, quizá no.

Entonces comprendí que no estábamos discutiendo únicamente sobre el futuro libro. Habíamos regresado a una conversación que no conseguimos terminar siete años atrás. Solo que esta vez ambos sabíamos adónde podía llevarnos.

— No voy a defender cada frase que he escrito en mi vida — dije en voz más baja.

— No te lo he pedido.

— Pero me estás juzgando precisamente por una de ellas.

Su mandíbula se tensó apenas perceptiblemente.

— No por una frase, Ula. Por una decisión.

Zofia regresó con una bandeja antes de que pudiera responder. Colocó delante de nosotros tres tazas de té y un plato con pan y queso. Se sentó a la mesa con la expresión de una mujer que sabía perfectamente que acababa de interrumpir una discusión, pero no pensaba permitir que aquello le impidiera resolver sus propios asuntos.

— Escuchadme. Ya no tengo fuerzas para ocuparme de todo esto sola. En primavera mi sobrina se hará cargo del refugio. Una parte de los recuerdos se quedará aquí, pero hay que organizar el resto. Hay personas que quieren contar cómo eran las cosas antes, pero no saben a quién acudir. La señora Urszula sabe escribir. Marcin conoce los refugios, los senderos y a todos esos propietarios testarudos. A mí me parece que podríais hacer algo realmente bueno.

— Podríamos — respondí con cautela -. Si establecemos unas normas.

— Justamente eso es lo que quiero.

Marcin cogió su taza.

— Necesito tener la seguridad de que nadie se encontrará con hechos consumados. Ninguna carta privada ni grabación se incluirá en una publicación sin el consentimiento de sus propietarios. Y si alguien cuenta algo exclusivamente para el archivo, allí se quedará.

— Puedo separar la documentación del material periodístico — respondí -. Pero no aceptaré que cada entrevistado tenga que aprobar el libro entero.

— No estoy exigiendo eso.

— ¿Y quién decide qué es privado?

— La persona que te lo confía. Antes de entregarte su historia.

Zofia dejó la taza sobre la mesa.

— Me parece razonable.

La miré con incredulidad.

— Señora Zofia, en un reportaje a veces aparecen hechos que sus protagonistas preferirían no recordar. No puedo prometer que todas las historias resulten cómodas.

— Y no quiero que lo sean. Mi marido podía llegar a ser insoportable. Escríbalo si hace falta. Pero no saque sus cartas de amor de mi cajón solo porque quedarían bonitas al final de un capítulo.

Me quedé callada.

Había algo en aquella petición que no podía reducir a una discusión profesional. Zofia no pretendía controlar la historia. Quería conservar el derecho a mantener una parte de su propia vida en privado.

— Lo entiendo — respondí.

Marcin me miró, pero esta vez no hizo ningún comentario.

Durante la siguiente media hora hablamos de posibilidades concretas. Propuse crear dos conjuntos de materiales: uno documental, que permanecería bajo la custodia de los propietarios de los refugios, y otro periodístico, que podría utilizar conforme a los permisos acordados. Zofia señalaría a los primeros entrevistados y Marcin ayudaría a contactar con personas que no utilizaban el correo electrónico y rara vez bajaban a localidades más grandes.

Cuando desplegué mi calendario, Marcin se inclinó sobre la mesa.

— Esto no puedes hacerlo en un solo día.

— ¿Por qué?

Señaló tres puntos.

— Aquí cierran la carretera después de las lluvias. Aquí el propietario solo recibe visitas hasta las dos. Y aquí, la señora Helena, que vive en el mismo edificio, no habla con nadie los lunes porque va a visitar a su hija.

— Podría haber averiguado todo eso por teléfono.

— Por supuesto.

— No hace falta que parezcas tan satisfecho.

— No estoy satisfecho. Estoy pensando cómo contarte el cuarto error sin que me tires el bolígrafo a la cabeza.

Miré el bolígrafo que sostenía. Solo entonces advertí que realmente lo estaba apretando entre los dedos.

Marcin sonrió por primera vez aquella noche.

Fue una sonrisa breve, descuidada. Una de aquellas que antes aparecían en su rostro cuando conseguía sacarme de quicio y luego convencerme de que debería reírme de ello. Durante un instante insoportablemente largo no vi ante mí al hombre que desconfiaba de mí. Vi al hombre del que una vez había estado enamorada.

Aparté la mirada hacia el calendario.

— Cuéntame el cuarto.

Esta vez no hubo ninguna broma. Me explicó que la propietaria de uno de los refugios tenía previsto cerrar el establecimiento durante tres semanas para renovar las instalaciones. Yo desconocía aquella información, aunque había hablado con su hijo el día anterior. Anoté el cambio y durante un instante sentí una gratitud que me costó reconocer. Marcin no solo conocía aquellos lugares.

Prestaba atención a las personas, a sus costumbres y necesidades, a todo aquello que no aparecía en ningún formulario.

Cuando terminamos, Zofia nos trajo comida, aunque ya había pasado de sobra la hora a la que yo solía cenar. Fuera, la lluvia había disminuido, pero la oscuridad impedía distinguir siquiera el borde del claro. Consulté el teléfono. La última conexión a la red se había producido casi una hora antes.

— ¿Puedo utilizar vuestro teléfono? — pregunté -. Tengo que avisar a la pensión de que no regresaré esta noche.

— Por supuesto. Y voy a prepararle una habitación. Ni siquiera fingiré que le dejo elegir entre una cama caliente y caminar por el bosque mojado.

Marcin levantó la cabeza.

— Si quieres, mañana puedo acompañarte hasta el aparcamiento.

— Me las arreglaré.

— Lo sé.

Respondió sin el menor rastro de ofensa. Precisamente eso era lo que me desconcertaba. No intentaba demostrar que todavía lo necesitaba. Y, sin embargo, recordaba los años en los que había sido la primera persona a la que llamaba después de cada día bueno o malo.

Más tarde, cuando Zofia salió a preparar la ropa de cama, nos quedamos un momento solos junto a la mesa. Marcin guardaba las fotografías en una caja mientras yo organizaba mis notas. Observé que había dejado una copia encima de las demás. Mostraba a una mujer joven de pie en las escaleras del refugio con un montón de leña entre los

brazos. En el reverso aparecía una inscripción: «Maria, invierno de 1984. Primer año sin carretera».

— ¿Conoces su historia? — pregunté.

— Un poco.

— Me gustaría escucharla.

— Pregúntale primero a Zofia. Es su hermana.

No me gustó tener que aceptar otra vez una condición suya. Al mismo tiempo, había algo en aquella fotografía que me impedía dejarla a un lado sin sentir curiosidad. La muchacha parecía cansada, pero sonreía ampliamente, como si acabara de hacer algo de lo que estaba muy orgullosa.

— De acuerdo — dije -. Se lo preguntaré.

Marcin cerró la caja.

— Mañana a las nueve podemos hablar del resto.

— A las ocho.

— A las nueve Zofia ya habrá terminado con la entrega. A las ocho necesita tranquilidad.

— Entonces a las nueve.

Cogí mi bolso, pero su voz me detuvo.

— Ula.

Me volví.

Estaba junto a la mesa, con la luz de la lámpara iluminándole el rostro. Percibí un cansancio que antes había ocultado detrás de su serenidad. Durante un momento tuve la impresión de que iba a decir algo personal. Que quizá me preguntaría cómo había vivido durante los últimos años o mencionaría nuestro apartamento, donde una vez había dejado un libro sobre los senderos de los Tatras.

— No estoy aquí para dificultarte el trabajo — dijo.

— Y yo no estoy aquí para volver a hacerte daño.

Lo dije más deprisa de lo que pretendía.

No respondió inmediatamente.

— Sería bueno que los dos fuéramos capaces de cumplirlo.

Cogió su chaqueta y salió hacia el comedor.

Me quedé sola con el cuaderno abierto y una sensación que no sabía cómo llamar. No era únicamente tristeza ni rabia. Durante toda la noche, Marcin me había tratado como a una persona cuyas capacidades respetaba, pero de cuyas intenciones desconfiaba. Y cuando había sonreído al ver mi calendario, durante un segundo olvidé que alguna vez las cosas habían sido distintas entre nosotros.

Deslicé un dedo sobre los nombres de los refugios escritos en el papel. Mi proyecto acababa de volverse más complicado de lo previsto. Sin embargo, no pensaba abandonarlo. También sabía que, si Marcin seguía formando parte de él, tendría que aprender a hablar con él sin esconderme detrás de argumentos profesionales.

No tenía ni idea de si él querría hacer lo mismo.

Cuando apagué la lámpara de la mesa, lo vi a través de la puerta entreabierta, junto a la chimenea. Hablaba con Zofia, escuchando pacientemente sus historias, mientras ella le arreglaba el cuello de la ropa como si todavía fuera un niño al que había que vigilar antes de salir al frío.

Fue entonces cuando pensé por primera vez que, durante aquellos siete años, no solo había perdido a Marcin.

También había perdido la oportunidad de conocer al hombre en el que se había convertido.

Y no estaba segura de si deseaba más recuperar aquella oportunidad o huir de ella.

Capítulo 2 - Los límites de la confianza

Me despertaron el crujido del suelo y el olor a pan recién horneado. Durante unos segundos no recordé dónde estaba. El techo de madera era más bajo que el de mi apartamento, jirones de niebla pasaban al otro lado de la ventana y sobre una silla colgaba la chaqueta que no había tenido tiempo de secar correctamente. Solo cuando escuché el ruido de los platos procedente del comedor recordé la noche anterior. El refugio. Zofia. Marcin. Nuestra conversación sobre unos límites que, al parecer, ambos sabíamos establecer con mucha más facilidad que respetar.

El teléfono marcaba las siete y veinte. Tenía varios mensajes de Natalia, uno de la editora que había coordinado mis libros anteriores y un recordatorio automático sobre el plazo para enviar el plan preliminar de la nueva publicación. Lo ignoré todo excepto los mensajes de Natalia.

«¿Has llegado? No contestas. ¿Tengo que llamar al GOPR o basta con empezar a preocuparme?»

Le respondí que había llegado, que había pasado la noche en el refugio y que me había encontrado con Marcin.

Los tres puntos aparecieron casi inmediatamente.

«¿ESE Marcin?»

«¿Conoces a otro?»

El teléfono sonó antes de que pudiera dejarlo sobre la mesilla.

— No puedes limitarte a escribirme algo así y fingir que es una mañana normal — anunció Natalia sin saludar.

Me pasé una mano por el pelo.